

Memoria del Olvido

JOSE ANTONIO ABELLA

NADA tan frágil como la memoria. ¿Qué fue de aquella plazoleta donde jugábamos de niños, de aquella pared y aquel tejado donde se perdían nuestras pelotas de tripa de gato, de aquel caño donde nos refrescábamos, de aquella olma a cuya sombra leíamos historias antiguas, de aquellas pozas donde el río era tan claro como nuestra risa?

Pasan los días, los años. Pasa el minúsculo grano de arena que es nuestra vida en el reloj del mundo: *Toda pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar*, que dijo nuestro convecino. A veces con una celeridad próxima al vértigo, a veces tan despacio que la lentitud nos parece inmutabilidad o permanencia. Pero nada es igual a como era. Así como nosotros, tampoco la tierra donde estamos ni el mundo donde somos pueden escapar a las leyes de todo lo que vive, de todo lo que pasa. Ni los ciudadanos ni las ciudades que, como ellos, nacen, crecen, van envejeciendo y terminan por morir; aunque esa muerte se vea disfrazada por la persistencia de un nombre y el crecimiento de otra ciudad, distinta, sobre las ruinas y el olvido de la precedente. Porque lo cierto es que todo, tanto los hombres como sus obras, incluso el recuerdo de los seres y lugares más queridos, se va difuminando en la nebulosa del tiempo. *Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido*. Tan endeble la memoria y tan parecido el morir al olvidar.

A lo largo de un año, domingo a domingo, las páginas de EL NORTE han acogido a esta sección que hoy finaliza. Memoria del Olvido me pareció un buen título para ese intento de rescatar de la nebulosa del pasado el recuerdo de la ciudad que vieron nuestros abuelos, nuestros padres, incluso nosotros mismos puesto que ese pasado, a fin de cuentas, no es tan lejano como nuestra finitud imagina.

Confrontar las todavía nítidas instantáneas de los viejos fotógrafos con las imágenes del presente, al margen de la nostalgia sentimental o historicista, me parece que uno de los mejores métodos para estudiar el trayecto recorrido por una ciudad, aprender de errores subrayados por la perspec-



«Toda comparación es odiosa, pero también aleccionadora», como en las transformaciones urbanas. (FOTO cedida por DOBLON)

tiva de l tiempo y, en todo caso, decidir si el camino seguido hasta ahora debe ser el mismo que sigamos en adelante.

Toda comparación es odiosa, pero también aleccionadora, escribí una vez en estas páginas, interpretando con mayor o menor acierto alguna de las transformaciones urbanas recogidas en esta sección.

Al ineludible subjetivismo de mis comentarios opuse la objetividad de las fotografías, antiguas y actuales, siempre tomadas desde idéntico punto —o el más

aproximado cuando lo anterior no era posible— al que fueron tomadas las primitivas imágenes, condición ésta que en múltiples ocasiones me condujo a exprimir la paciencia del fotógrafo, obligándole a repetir una y otra vez ángulos que que en poco o en nada modificaban el trasunto de mis apreciaciones: por eso ahora, desde aquí, quiero agradecerle a María Je-

sús Martín su paciente y callado trabajo, sin el que esta sección no hubiera llegado al mismo puerto.

También quiero agradecer la colaboración de Juan Francisco Rodríguez, cuya pequeña trastienda de anticuario es una sorprendente cueva de Alfí Babá que no puede sino deslumbrar a los coleccionistas de documentación gráfica sobre el pasado segoviano. Y siguiendo el hilo de esta relación, me es obligado recordar con gratitud a María Isabel Marqués, a Jaime Alps, Nacho Davía, Pedro Velasco y Paco del Caño por sus aportaciones fotográficas, así como, muy especialmente, a Ignacio Sanz, Leopoldo Yoldi, Antonio Ruiz y a la redacción de EL NORTE por los consejos, estímulo y resolución de dudas que siempre me ofrecieron.

Un lamento cabe exponer en este epílogo: En vano he intentado obtener imágenes antiguas que fueran claramente mejoradas por el aspecto actual de la Ciudad. La arquitectura de nuestro tiempo ha sido en gran medida subyugada por un afán especulativo sin otras inquietudes estéticas que las del *toda vale si hay plusvalía*. No creo que sea la ofuscación del pesimismo sino la evidencia de las pupilas quien me demuestra, con pocas excepciones, que la ciudad que heredamos era más hermosa y habitable que

la que dejáremos en herencia.

Creo que no hace falta ser un lince para ver que esa alianza entre la falta de sentido estético y ético viene derivada de las imposiciones de una sociedad del bienestar que, olvidada del bien ser, todo lo supedita a la comodidad exacerbada hasta los límites del ridículo, una sociedad donde el dinero es el dios y el automóvil su cabeza visible, donde la normativa se impone al sentido común, la ostentación al buen gusto, la moda al modo, la chapuza al trabajo bien hecho, lo superfluo a lo necesario.

Segovia, no obstante, guarda todavía una gran parte de su pasado esplendor. El profundo declive al que se vio sometida a partir del siglo XVI la preservó, embalsamada por la pobreza, de una piqueta enterrada hasta los albores de nuestros días. El que en tan pocos años se pueda socavar la labor de tantos siglos debería hacernos meditar sobre el sentido de eso que hemos dado en llamar progreso económico y desarrollo urbanístico. Comparar estas imágenes debería sonrojar a cuantos por acción u omisión hemos permitido y seguimos permitiendo la vulgarización de una ciudad permanentemente singular. El futuro de Segovia, no me cansaré de repetirlo, depende de la conservación de su pasado.

«El futuro de Segovia, no me cansaré de repetirlo, depende de la conservación de su pasado

»